

# LAS CENAS JOCOSAS Y VICENTE OYA HERMANADOS EN LA MEMORIA

*María José Sánchez Lozano*

RESUMEN: En este trabajo, sumándonos al homenaje póstumo, promovido por la Diputación Provincial, a la figura del periodista y escritor, Vicente Oya Rodríguez, damos a conocer una parte de su producción literaria, la que aportó en cada una de las Cenas Jocosas que los Amigos de San Antón vienen celebrando desde 1978.

ABSTRACT: In this work, adding to the posthumous homage promoted by 'Diputación provincial' to the figure of the journalist and writer 'Vicente Oya Rodríguez', we make known a part of his literary production, the one who contributed in each of the jocular dinners that the 'Friends of Santón have been celebrating since 1978.

Ya había comenzado el curso académico 1988-89. La ciudad de Jaén se preparaba para un seco invierno climatológicamente y caliente desde el punto de vista político. Solo faltaba un año para que un acontecimiento cambiara para siempre el rumbo del mundo: la caída del muro de Berlín. Mientras tanto, en España se vivía con esperanza el fin de la actividad terrorista de ETA. En octubre era liberado Emiliano Revilla, al que tuvieron secuestrado ocho meses. El horizonte de paz se desmoronó enseguida, a las pocas horas de la liberación, con un nuevo asesinato, el de Cristóbal Díaz García. En otro orden de cosas, María Zambrano recibía el premio Cervantes de Literatura. Era la primera vez que el galardón se concedía a una mujer.

En Jaén, el 7 de octubre, la Real Sociedad Económica de Amigos del País, volvía a abrir sus puertas tras 13 años de ausencia. En esta institución, Vicente Oya y yo, años más tarde, compartiríamos tardes de trabajo, o de relajo, escuchando a conferenciantes o contemplando exposiciones.

Por las mismas fechas, otoño del 88, un grupo de profesores, amantes del arte y la cultura, decidieron organizar un Seminario Permanente. “Las Ciencias Sociales a través del medio” llevaba por título. El objetivo era elaborar un vocabulario de términos artísticos, pero no de forma aislada sino aplicados a determinados edificios de Jaén y su provincia. Facilitando de esa forma al alumnado el aprendizaje de los elementos artísticos. Una vez acabado el vocabulario, se daría a conocer a los estudiantes haciendo las correspondientes visitas a los monumentos en los que ellos distinguirían en la misma piedra, en el medio, ménsulas, arcos, pilastras, estípites...

Integraban el Seminario José Latorre García, Antonio Carreras Velasco, José Fernández García, M<sup>a</sup> Dolores Gámez Carmona, José Jaén Sánchez, Vicente Oya Rodríguez, Pedro Roca Alcántara, Jesús Martín de Molina, Luna Sánchez Caro y M<sup>a</sup> José Sánchez Lozano, entre otros. Como verán ahí estaba Vicente y ahí estaba yo. Así fue como nos conocimos. Ese fue el comienzo de una larga amistad que solo terminaría con su muerte. El Seminario resultó ser bastante innovador para la época, de modo que las sesiones se prolongaron dos cursos más. En ese tiempo nuestra amistad se fue afianzando rápidamente. A los encuentros en el Seminario Permanente siguieron muchos más en los que compartimos inquietudes y vivencias culturales. Juntos estábamos en la Asociación de Amigos del Archivo Histórico Diocesano, en el Colectivo de investigadores de Sierra Mágina o en la Comisión del V Centenario del Descubrimiento. Como cronistas oficiales, coincidíamos en congresos provinciales y nacionales. Y más adelante en la Junta de Oficiales de la Económica.

Faltaba tiempo para que nos reencontráramos en otra Asociación, la de los Amigos de San Antón. En sus Cenas Jocosas él participó desde la primera, en 1978, yo llegaría inaugurando el siglo XXI. A la intervención de Vicente en esas cenas voy a dedicar este trabajo. Es mi pequeño homenaje. Nada mejor para ello que recordar su obra, hablar de ella.

Comenzaré presentando al lector dichas cenas. Baltasar de Alcázar fue un poeta del Siglo de Oro español que no tuvo reconocimiento en su tiempo ya que su poesía no se ajustó a las tendencias de su generación. Prefirió el tono burlesco, festivo y jocoso. Se le ha considerado el precursor de la poesía gastronómica, siendo su obra más famosa la Cena Jocosa, poema en redondillas en el que inmortalizaría a la ciudad de Jaén, a su vecino Don Lope de Sosa, a su hermana Inés y a su Criado Portugués. Reproduzco las dos primeras estrofas pues en ellas quedan recogidos sus nombres:

En Jaén, donde resido  
vive Don Lope de Sosa  
y dírete, Inés, la cosa  
más brava del que has oído.

Tenía este caballero  
un criado portugués...  
pero cenemos, Inés,  
si te parece, primero.

A comienzos del siglo XX, en 1913, el periodista y Cronista Oficial de la ciudad de Jaén, Alfredo Cazabán, recuperaría esta obra perpetuándola en la memoria de los jiennenses. Y es que fundó una revista que, aún hoy, pasado más de un siglo, sigue constituyendo una excepcional fuente de consulta para el conocimiento histórico, artístico y literario de Jaén y su provincia. Le puso por nombre Don Lope de Sosa, personaje real que vivió en Jaén ejerciendo de alguacil mayor en el ayuntamiento. Más adelante, en 1928, un grupo de intelectuales jiennenses presididos por Inocente Fe Jiménez, Pedro de Las Parras Ruiz, León Carlos Álvarez Lara y Antonio Alcalá Venceslada, fue más lejos. Intentaron rendir un original homenaje a Cazabán que consistió en escenificar el episodio de Baltasar de Alcázar. Y lo lograron. Como de una cena se trataba pues una cena organizaron. En total asistieron al festín 76 comensales. Se celebró el 25 de noviembre, festividad de Santa Catalina, en el Casino de Artesanos. Alcalá Venceslada, en la revista Don Lope de Sosa, a lo largo de 34 páginas, expuso con todo detalle como se desarrolló la cena. Antón de Jaén, en la misma revista, indicó que se trataba de un “suceso único e histórico de muy difícil, si no imposible, repetición”. Se confundió.

Por Santa Catalina, patrona de la ciudad, justo a los 50 años, un nuevo grupo de estudiosos locales se encargaron de demostrarlo. Desde hacía 17 años habían instituido la Confraternidad de los Amigos de San Antón cuyo fin, recogido en la crónica de la primera Cena Jocosa, era “tributar devoto culto a cuanto la ciudad de Jaén encierra de Historia, Arte y Tradición, y el defender y exaltar cuantas añejas tradiciones nos legaron nuestros abuelos”. Sus miembros eran los siguientes: Pedro Casañas Llagostera, Juan Castellanos de Dios, Manuel Elías Carrasco, Antonio Casañas Llagostera, Luis Armenteros Basterrechea, Alfonso Parras Vilchez, Julio Puga Romero, José Casañas Llagostera, Juan Miguel Jiménez Díaz, Miguel Calvo Morillo y Joaquín Galdón González.

Emulando a aquellos comisionados de 1928 organizaron una nueva cena, al estilo de aquella, para conmemorar sus bodas de plata. No pudo ser en el mismo lugar ya que el edificio se encontraba en mal estado, por lo que eligieron el Parador de Turismo de Santa Catalina. Ampliando la nómina de los Amigos de San Antón se incorporaron Rafael Ortega Sagrista, Manuel López Pérez, Francisco Cerezo Moreno, Fermín Palma Rodríguez, Fernando Lorite García, Luis Berges Roldán, José María Pardo Crespo, Pablo Castillo García Negrete y Vicente Oya Rodríguez.

Desde entonces, las citas anuales se vienen celebrando en torno a la festividad de nuestra patrona. Siempre en lugares emblemáticos y muy significativos para la ciudad de Jaén por su carácter histórico, artístico, u otra singularidad. El Criado Portugués, pasados los días de feria, puntualmente hace llegar a todos su misiva, escrita escrupulosamente en pergamino, anunciando la fecha y el lugar de la reunión. En cada cena, varios Amigos de San Antón, exponen sus respectivos trabajos. Siempre bajo la expresa indicación del Prioste, Pedro Casañas, que con su campanica va anunciando cada uno de los pasos que se han de seguir. Manteniendo así, el espíritu de la fundación, esto es, la defensa, protección y divulgación de los valores histórico-artísticos de la ciudad, así como de sus costumbres y tradiciones. Y todo ello con “honradez, rectitud de intención y acendrado amor a esta bendita tierra”. Al año siguiente todo lo ocurrido en la velada queda recogido en un libro, a modo de crónica, para cuya redacción, el Prioste, previamente, elige a alguno de los asistentes. En dichas crónicas, Vicente Oya, Cronista Oficial de la provincia y de la ciudad de Jaén, y de Cambil, periodista, escritor y poeta, nuestro protagonista, dejó bien patente su interés por exaltar los valores tradicionales de nuestra tierra, expresándolo a través de composiciones cargadas de lirismo y construidas como una sucesión de imágenes seductoras, evocadoras y elocuentes que creó como si pintara con las palabras. Sus aportaciones fueron 38, las mismas que transcurrieron desde la primera cena hasta su muerte. Y es que en todas participó.

Como he dicho, a sus intervenciones destino este artículo. En una primera aproximación a sus trabajos, tratando de clasificarlos, comprobé que su eje temático giraba en torno a dos motivos: la ciudad de Jaén y sus amigos y compañeros de las Cenas Jocosas. Así, a la ciudad de Jaén dedicó la mayoría. En ellos habla de los vientos que la azotan, de sus campanas, de sus relojes, de sus voces. Recrea sus calles, sus barrios, sus plazas..., e incluso sus tertulias. En otras ocasiones escribió sentidas y emotivas semblanzas de los Amigos de San Antón que partieron de esta

a la otra orilla, a la vez que hizo brillantes presentaciones de los nuevos cofrades que cada año ingresaban en la Asociación, o de los anfitriones que los recibieron en sus casas, palacios y estudios.

## HONORES GASTRONÓMICOS

En la primera Cena Jocosa, estableció un hermoso símil con la Santa Cena, recordando que el amor entró en el mundo en ese ágape. Prosiguió con el banquete de Baltasar de Alcázar. Algunos platos que adornaron la mesa de Don Lope de Sosa formaban parte del menú de esa noche y a ellos se dirigió con la prosa poética que va a estar presente en muchos de sus relatos. El Salpicón que le “sabe a sorpresa”, la morcilla con piñones que le recuerda que “no todo el camino está sembrado de flores”, la ensaladilla “con acento humilde como si no quisiera ser enseñada”, o las aceitunas como “presagio del aceite”.

Utilizó alimentos como el queso, para evocar a las cabras de nuestras sierras, aquellas que cantaran Francisco de Quevedo o el Marqués de Santillana. Ensalzó el jamón de Alcalá la Real, el chorizo de Iznatoraf, el choto de Valdepeñas y las frutas del Guadalbullón, “donde la vieja casería lucha contra los molinos de viento de los chalets” y a donde, como más adelante nos dirá, se van las grajas de la catedral, “sobrecogidas por el viento para sacudir el miedo y superar el aturdimiento”.

Jugando con el cromatismo de los vinos, asocia poéticamente el blanco de Lopera a una novia y el tinto de Torreperogil al “colorido para un terno de un torero a la hora de la verdad, en el coso remozado de la Alameda, cuando los toreros oyen el esquilón de las Bernardas y miran al cielo”.

“El nuevo panegírico del chocolate” llevaba por título otra de sus composiciones. La expuso en 1981, en la casa de Juan Castellanos de Dios. Es una estampa costumbrista en torno a lo que significó el chocolate en generaciones pasadas. Utiliza el esquema que contrapone las costumbres del viejo Jaén, con las presentes. Aquel chocolate que se vendía en las confiterías de la calle Madre de Dios, o del Arco del Consuelo, y que ahora, apuntó, “ha quedado para el final de las verbenas al amanecer, con churros de feria, fritos con aceites de otras clases”.

Hace una descripción exhaustiva, muy real, de los distintos ambientes en los que se consumía: en los salones de las casas señoriales o en las salas de estar-cocina de los hogares humildes. Continúa contraponiendo “el chocolate de las oraciones”, título que dio Cazabán al que se tomaba en

las plegarias de la noche, el de antaño, el del Horno de los Negros, del Barranco de los Escuderos, de la Magdalena o Los Caños, el del hornero famoso de Jaén que tenía la mano tan grande, con el “chocolate de las tribulaciones, al asociado con su denominación a los porros”. Ahora las campanas de San Juan, con sus sonidos inundando los serenos hogares de antaño, “en paz y armonía, con la tranca en el portón de la casa, la chimenea ardiendo y el tazón de chocolate humeante”.

Siempre recuperando Jaén, extrayendo de la memoria nuestras tradiciones, en 1983, rememora los viejos molinos harineros y aceiteros de la ciudad. Y lo hace con una loa al pan y aceite. A ese maridaje perfecto que nos traslada a aquellos hoyos, a veces acompañados de chocolate, que fue la merienda de toda una generación. Ya no es el hoyo, ese canto cortado de un redondo pan al que se le extrae la miga en forma de cilindro para dar cabida al aceite, es tan solo el pan y aceite lo que se ha recuperado como aperitivo e incluso como carta de presentación de muchos restaurantes.

De los molinos aceiteros recuerda los de la Fuente de Don Diego, de la Carrera de Jesús o del Arrabalejo. De los harineros rescata a los horneros sencillos y solitarios de nuestros viejos barrios jaeneros. Y como no, al Hornero de los Caños, varias veces referido por él siempre con el calificativo de famoso, sin referir el motivo de su fama, ya que ello incluía palabras con sentido fálico. Y es que al puñado de masa que podía coger un panadero con su mano se le denominaba polla. Como quiera que Manuel, que así se llamaba el hornero, tuviera la mano muy grande, pasó a ser conocido como “polla gorda el hornero los Caños”. Y desde luego que se hizo famoso Manuel.

## EL VIEJO Y EL NUEVO JAÉN

Su primera incursión en la ciudad la hizo en 1980, en la casa de Luis Berges Roldán. Miguel Calvo Morillo, que redactó la crónica, encabezó la intervención de Oya, con una frase en latín: “Vir bonus dicendi peritus”. Famosa locución con que Catón el Viejo, definía la figura del hombre público: “un hombre honrado diestro en el arte de hablar en público”. Hombre honrado, desde luego lo era, y también se manejaba con destreza a la hora de hablar en público, eso sí, siempre leyendo sus cuartillas, como él decía. Con ellas en la mano nos dijo que “en los barrios de Jaén está la historia íntima de la ciudad”, y a ellos se entregó con nostalgia porque “agonizan y mueren”: Magdalena, San Juan, Santa Isabel, la Merced, para él la esencia de lo jaenero.

Se lamenta de la desaparición de nobles edificios de Jaén en pos de la especulación, y del mal estado en que se encuentran otros, definiéndolos como “caries de una boca destrozada”. No olvidemos que durante la década de los setenta, la trama urbana de Jaén, incluyendo entornos artísticos y monumentales, cambió su fisonomía en muchos casos debido al derrumbe de edificios al dictado de la especulación. Fue la década en que desapareció el añorado y entrañable teatro Cervantes.

Nuevamente invoca el tañir de “los bronces de las campanas de San Juan y de los esquilonos de las Bernardas y otros conventos” que ya no oímos porque están perdidos por el ruido callejero del tráfico. Es una evocación nostálgica del viejo Jaén, sentimiento recurrente en él. Finaliza invitándonos a visitar nuestros barrios y a buscar ese duende de Jaén que se encuentra “de tejas para abajo” y que proclama “a los cuatro vientos la nobleza ya perdida de nuestra ciudad”.

En 1982, en la casa de Carmen Balguerías, donde tuvo lugar la quinta Cena Jocosa, Vicente Oya ejerció de cronista. Comenzó citando ciudades soñadas como la Atlántida de Platón, Utopía de Tomás Moro, la Ciudad de Dios de San Agustín, o la Ciudad del Sol de fray Tomás de Campanella. Siguió con unas reflexiones sobre la impersonal Brasilia para terminar estableciendo un paralelismo entre ella y Jaén, pues si aquella nació “encarnada en una misión política, pero nada más, sin historia, Jaén “nació del olivo”. Y si Brasilia no tiene historia ni fue “templada y moldeada por la lenta agonía de los siglos”, en cambio Jaén, es una ciudad que ha tenido múltiples funciones a lo largo del tiempo. Así que, las nombra haciendo un recorrido por cada una de ellas: militar, comercial, industrial, terapéutica, intelectual, religiosa y administrativa.

Como solía hacer, dándonos muestras del dominio que tenía sobre los temas que trataba, citó a autores como Georges Chabot, Pinillos Díaz, Tagore, o Rodríguez Molina. Vuelve a comparar Jaén con Brasilia. Esta vez a través de las campanas: “cuando oímos las campanas de la catedral, y sabemos oírlas, estamos haciendo más grande nuestra ciudad. Que esas campanas tienen bronces más viejos que los bronces de las campanas de Brasilia. Son campanas que ahondan sus raíces en la historia y que abren paso a la esperanza”.

Aporta algunas reflexiones más como que “el hombre ha hecho la ciudad mientras que la ciudad está deshaciendo al hombre” para concluir nuevamente, como hiciera cuando habló de los barrios, invitándonos a que “contribuyamos a recabar entre todos la conciencia genuina de lo jaenero y de lo andaluz que nos ha sido sistemáticamente truncada”. En

un exceso de amor por su tierra llega a calificarla de “vanguardia de los cambios en la historia de España”.

De nuevo, en el Castillo de Santa Catalina, recurre a la ciudad de Jaén como protagonista. Se cumplían las bodas de plata de estos encuentros de “románticos soñadores” como apuntara Manuel López Pérez. Fueron 25 años en los que la vida había aportado “ingredientes agridulces”, refiriéndose a los amigos que nos habían dejado para siempre. Con el sentimiento melancólico que impregna la nostalgia evocó el pasado lamentándose no solo del deterioro artístico de la ciudad sino también de la falta de civismo y educación “que lleva consigo una imparable sangría por donde escapan las buenas maneras”. Pero a pesar de todo cree en su amado Jaén. Siguiendo a Chueca Goitia, autor al que recurre con frecuencia, dijo que “La ciudad es el archivo de la Historia y a ella, a la Historia, que es la vida, hay que volver por la fe y por el arte”. Terminó con unos versos entresacados de un poema que manifestó haber escrito hacía tiempo. En ellos, aludiendo a Manrique y a Machado, habla de cómo el inexorable paso del tiempo no debe hacernos olvidar el pasado porque las historias se acumulan poco a poco arrastradas como una bola de nieve.

Su última reflexión sobre la ciudad la hizo en la Cooperativa Farmacéutica Jafarco. Nos tenía acostumbrados a evocar el viejo Jaén, pero esa noche centró su disertación en el nuevo, porque en él se ubicaba la entidad que nos prestaba sus instalaciones. Concretamente en el Polígono Industrial, por donde Jaén se expandió a mediados del siglo XX, y por donde muchos siglos antes se asentaron los iberos. Tan amante del viejo Jaén, describe lo que él denomina transfiguración de la ciudad. Citando a Chueca Goitia, afirma que la historia de una ciudad arraiga en su suelo lo mismo que un vegetal, sin embargo, añade, cuando se trata de un Polígono Industrial el arraigo se convierte en “imposición violenta”. Continuó diciendo que “en su evolución, la ciudad se rinde ante las leyes económicas, sociales de los viejos y de los nuevos tiempos”. Concluye haciéndonos conscientes del lugar donde estábamos: Marroquíes Bajos, por donde miles de años antes de Cristo, generaciones de ganaderos y agricultores trabajaban y vivían de la tierra, y por donde hoy “el antiguo Jaén vuelve por estos pagos para renacer de sus cenizas”.



## DE NUEVO LA CIUDAD: SUS CAMPANAS, SUS CALLES, SUS TERTULIAS....

Llevaba Vicente tres años refiriéndose a las campanas. Quizás fuera el preludio de la bonita composición que en la torre del homenaje del Castillo iba a exponer. ¡Cuánto saben las campanas de Jaén!. Así comenzó. Y a partir de ahí se entregó poéticamente a ellas. Las definió como el “latido de la ciudad y del campo”. Es un canto al amor entre la ciudad y el viento, el viento que hace que la ciudad palpite y del que nos advierte que cuando arranca las hojas amarillentas de los árboles en otoño, estas les parecen campanas doradas anunciando la belleza de nuestra tierra. Cuando mueven los cipreses le parecen “campanas de sonidos agridulces”. Y cuando sus rugidos inundan la ciudad son como “duendes de puntillas, como fantasmas graciosos, envueltos en capas de vientos y de bronces de campanas”.

Canta a las campanas de la catedral: “cuando repican con fuerza se estremecen las grajas y levantan su vuelo en densas y apretadas bandadas”. A la campana de la Torre del Concejo de San Juan. A la de la Magdalena... En definitiva, a las “viejas campanas que nos acompañan en nuestras soledades y en nuestras inquietudes”. Incluso aludió a otras nada poéticas, las que espantan, las de los telediaris. Concluyó reproduciendo un poema, también inspirado en las campanas, de Antonio Herrera Murillo, poeta y abogado malagueño que vivió en Jaén.

Como vemos a Vicente le atraían las campanas. Le hacían sentir y soñar. Le provocaban sensaciones y emociones que, con la fluidez de su pluma, plasmaba con facilidad. Su presencia es un rasgo notable en muchas de sus composiciones. A veces como referencia y otras como componente temático. Por eso quiero entresacar, las frases en las que las que aparecen, porque conforme iba leyendo sus escritos, poco a poco, cada vez más, me iban impresionando esas reiteradas referencias tan sugestivas y expresadas con tanto lirismo.

A las que ya hemos citado, añado las siguientes:

Al hablar del viento de Jaén: “En los días invernales, zarandea los árboles, mueve las puertas, toca las campanas, rompe cristales, lanza las tejas sobre el asfalto”. Cuando se entrega a las grajas de la catedral: “En este Jaén nuestro de campanas y vientos. Noche otoñal de campanas y vientos... Y duermen entre campanas y vientos el sueño de la fe despierta, sobre la piedra viva, que rezuma espiritualidad”. Al presentar a Ignacio Ahumada nos dijo que entró en los Amigos de San Antón “cuando habían

tocado a ánimas los esquilones de los conventos giennenses, jaeneros o jaencianos”. Al referirse a la campana de la Torre del Concejo “que llena de bronces espacios” y “marca los tiempos decisivos en la historia de la ciudad”. En los poemas que le dedica a Felipe Molina salen a relucir en la sexta estrofa de ESCRIBIR UN POEMA:

PORQUE ESCRIBIR UN POEMA  
es agitar la más bella campana  
que nos despierte y convoque a la asamblea  
junto al fuego del amor y la paz.

Y en la tercera, octava, décima y duodécima de UN CANTO DE PÁJAROS

Una canción de amor  
echan al viento los bronces  
de una curiosa campana  
asomada hacia el patio  
desde la espadaña de la torre.

Gorriones testigos en volandas,  
acopiando los saberes profundos  
de viejos esquilones  
van y vienen remando  
por ese mar de cielos  
batidos por las ramas de la palmera

evocación de silencios musicales  
de las mismas canciones de los pájaros,  
de la misma campana y la palmera  
de la fuente de ayer invariable

Los pájaros, la fuente, la campana,  
Cubrirán con la palmera vientos  
De suaves melodías olvidadas  
Para enterrarse en el patio para siempre.

Evocando las voces de la ciudad recuerda los susurros del sacerdote, don Cándido Carpio “musitando una oración a la caída de la tarde, con

las campanas de la catedral, a esa hora en que vuelven de los campos cercanos las grajas para anidar en los tejados catedralicios”. Por último, en otra de sus muchas comparaciones, confronta las campanadas del reloj de la Diputación con la fuente de su claustro, diciendo que “podían hacer juego con el agua de su monumental fuente”.

Retomemos nuestra narración. En 1987, en la “Sociedad Caja de Socorros, Ilustración y Recreo” conocida popularmente como “Casino de Artesanos”, Vicente rememoró un grupo literario al que perteneció junto con Juan Eslava Galán, Juan Gutiérrez Toledano y Manuel López Pérez. En el mismo edificio, 18 años antes se dieron a conocer a la ciudad con el nombre de “Lagarto Bachiller”. Muy pronto, sus inquietudes culturales tomaron altos vuelos. Al parecer, durante más de cinco años, se mantuvieron vivas sus tertulias literarias. Transitaron más de 30 pueblos a imitación –en palabras de Juan Eslava– de la Barraca lorquiana. Durante ese tiempo, continua Vicente, rindieron homenaje a pintores, poetas, escritores e intelectuales. Rafael Zabaleta, Antonio Almendros Aguilar o Bernardo López García, Federico de Mendizábal, Manuel Lozano Garrido, conocido como Lolo, o Alfredo Cazabán, fueron algunos de ellos.

Destacó algunos actos significativos como el “Día de Europa” celebrado en las nuevas poblaciones de Carlos III, o el de Úbeda donde homenajearon a San Juan de la Cruz, patrón de los poetas. Y también recorrieron la ciudad por unas “rutas románticas que culminaban con unas cenas jocosas, más pobres que las presentes, pero tan llenas de amor por Jaén como estas”. Publicaron trabajos sobre Navidad, Semana Santa, Bernardo López o la Plaza de toros. En fin, una frenética actividad de cuya historia podía hacerse un “apretado volumen”. Cerró su exposición con una de sus poéticas frases en las que resume el espíritu de la tertulia y su noble quehacer: “Todavía la Tertulia Literaria “El Lagarto Bachiller” parece estar aquí enterrando inviernos, descubriendo primaveras, luchando contra las indiferencias, abriendo cauces a sus inquietudes culturales y renovando sus amores por y para Jaén”.

Gustaba de escribir a partir de una frase alusiva al tema que iba a tratar. En este caso escogió una cita de Manuel Alvar: “una ciudad no es un amasijo de vías de comunicación y de servicios, sino una voz”. Venía como anillo al dedo para el tema que iba a tratar: Jaén y sus prodigiosos coros de voces. Coros que él oye en “El Abuelo” produciendo un “vuelo de fervores que llegan al delirio”. En los alegres ruidos de trompetas y tambores cuando pasa la Colomera. En el olé de una tarde de toros. En el “Uuuuuy” y el ¡Gooooo! del partido de fútbol, o en el “Aaay” de la caída

del jinete en el hípico de la Alameda. Nos desborda su poder de observación cuando amplía sus apreciaciones por todos los posibles ruidos y sonidos que puede encontrar en la ciudad. De ese modo, alude al ruido del viento, un ruido que “ya es nuestro, que nos acompaña para siempre”. A las campanas —ya lo hemos visto— o al ronquido de Jaén.

Contrasta los ruidos de la vieja ciudad, los de los barrios que tantas veces nos describió, con los del nuevo Jaén, el de los Pubes. Los de un cabildo de la Santa Capilla de San Andrés con una reunión de costaleros de la Cofradía del Cristo de la Clemencia de la Magdalena. El concierto de nuestra banda municipal en el Templo del Parque de la Victoria con una sesión de las tradicionales semanas del Premio Jaén de Piano. Incorpora asimismo, en esos contrastes, los sonidos de los animales, comparando el ruido de las grajas con el concierto de pajarillos en los árboles de la Alameda, en el Parque de la Victoria o en el Paseo de la Estación. También incluye voces personificadas tan características como las del deán de la catedral, Agustín de la Fuente González. Las del prior de San Ildefonso, Manuel Montoro. O la “voz pausada, tranquila, familiar” de Rafael Ortega Sagrista. Incluso es capaz de agregar otros sonidos que nada tienen que ver con aquellos, como el murmullo de las conversaciones en las conferencias de los Amigos de San Antón en el Arco de San Lorenzo. O las voces de los vecinos de los pueblos de la provincia cuando acuden a la capital, trayéndonos un habla con tantas variaciones fonéticas, algo que a él siempre le impresionó.

Cuando habló de las grajas de la catedral en la casería del Conde de Donadío o de “La Muela”, lo hizo nuevamente con pura poesía, aunque no existieran los versos. Con bellísimas frases dibuja Jaén: “Es Jaén pasión. Sufrida pasión en ese grano de trigo que se pudre en la tierra. Es Jaén visión. Espléndida visión de montañas que reclaman los valles. Es Jaén cante dormido para el reposo bien ganado después de tantos dolores acumulados en la lenta agonía de los siglos”. Como una “Pintura de lienzos tejidos por la naturaleza”. Como “Música prodigiosa en el equilibrio de la arquitectura de sus templos”. De todas esas formas evoca a nuestra ciudad, la que tantos poemas y escritos le arrancó.

Antes de concluir con su himno a las grajas resaltó la figura de Unamuno de cuya obra poética escoge algunos versos escritos “en y para Salamanca”. Y se pregunta: ¿Por qué no escribiría el bueno de don Miguel de Unamuno, en Jaén y para Jaén aquellos versos?. Y yo creo que el bueno de Vicente se esmeró cumplidamente en tal quehacer con la prosa poética que dedicó a su Jaén.

A propósito de los grajos se expresó así: “Pienso que van y vienen los grajos siempre. Con su alegre chillar. Con sus graznidos peculiares, hasta familiares. Agitando los aires. Moviendo los cielos”. Y continua con su quehacer diario: “Al alba, cuando el nuevo día apunta, en la plaza de Santa María, se despiertan las grajas que, por las noches, encuentran lecho de piedras vivas, por la fe, en la Catedral. Al atardecer, en la misma plaza, asistimos al espectáculo del retorno. Vuelven las grajas en apretadas y densas bandadas. Traen afanosas, llenos los buches de lo que en los campos le dio la Providencia, que cuida de todo. Traen brozas en las patas, por hatillo, para amortiguar los fríos; afilado el pico, de tanto escarbar; tiesas las alas, de tanto volar”.

En 1996, la cena se celebró en una casona señorial ubicada en el casco antiguo, en la calle Madre de Dios. Recientemente había sido restaurado por el arquitecto Ángel Gómez Rubio. Del transcurso de las obras tengo gravada en la memoria la imagen de mi padre –que participó como constructor en la restauración– entre arcos, capiteles y dovelas, arte puro que él tanto apreció. Fue la única ocasión en la que Vicente no intervino, aunque sí entregó su anual aportación que fue publicada en el apartado de Addenda, el anexo que siempre figura al final de las crónicas y que son los trabajos que, por falta de tiempo, no se pudieron leer. En ese apéndice da un paseo por la ciudad mostrándonos los relojes ciudadanos asignándole a cada uno su nota histórica.

Partiendo del primer reloj de la historia, el de sol, comienza el itinerario con los dos relojes de la catedral, el de sol en la fachada del mediodía de la catedral, silencioso sin “campanadas”, el que “siempre se negó a contar las horas de las noches oscuras”, y el de la torre de las Campanas “marcando las horas diocesanas, de intensa historia escrita en viejos documentos que guarda el Archivo Histórico Diocesano”. Continuó con el de la Iglesia de San Juan, el que fuera reloj oficial de la ciudad, que tampoco da las horas. Las dan por él la campana de la torre del Concejo obedeciendo los mecanismos que le transfiere el reloj. Otros rematan hastiales y frontones de las fachadas de las Casas Consistoriales o del Palacio de la Diputación Provincial.

En lo espiritual, especificó, tiene Jaén todos los relojes de las parroquias y de los conventos. Prosigue con el sentimiento nostálgico de la ciudad “tranquila y silenciosa de tiempos pasados”, la que ya no existe. En la de ahora, como ocurría con las campanas, tampoco podemos oír sus relojes. Y termina diciendo que a “veces parece como si no existieran”, pero “incluso con sus silencios, mantienen viva el alma de la ciudad. Y nos hacen conectar con las cosas del espíritu”.

Por fin, al Palacio del Condestable Iranzo le llegó el turno para abrir sus puertas a los Amigos de San Antón. Su ubicación en la calle Maestra le permitió a Vicente hacer un recorrido por tan afamada e histórica vía. Este “personaje señero en el periodismo giennense, de obra abundantísima que rezuma conocimiento de Jaén y afecto hacia las cosas y las personas”, como lo definió, Ángel Aponte, justificó su elección porque en ella “hay emociones particulares y ciudadanas, colectivas”. La llamó “la voz jienense por excelencia”, “salón de los pasos perdidos”, “por donde pasa la vida, la muerte, el amor y el desamor, la alegría y la pena, la esperanza y la frustración”.

Plasmó unas observaciones históricas sobre el ordenamiento de las calles de los pueblos, villas y ciudades. Expresó que la calle Maestra era “para recordarla para evocarla con acentos emotivos”. Y así lo hizo. Puso de manifiesto lo que significó para varias generaciones ese lugar tan frecuentado por todos. Espacio transitado por escolares dada la cercanía del Instituto, que llegadas las vacaciones se tornaba en espacio religioso, rebosante de nazarenos. Recordó establecimientos, que a cualquier giennense de cierta edad le transportaba a su infancia: la “cercana taberna del Gorrión, la Peña Flamenca, el Casino Primitivo, la farmacia y rebotica de Antonio Vázquez de la Torre, los tejidos “El Carmen”, “Los Niños”, o la tienda de “Donato”.

Tras citar al ingeniero y urbanista, Ildefonso Cerdá Suñer, y a los poetas, Bernardo López y Blas Otero, matizó que la calle maestra es una voz, “El verbo que va en el aire, la letra siempre sencilla, en negrita o en bastardilla, canción entera y verdadera, tonada popular, de un ayer arrancado a la memoria colectiva y de un hoy, con proyección de futuro, en pleno casco antiguo, tratando siempre con el aliento y el estímulo del vivir cotidiano”.

Si a las campanas se dedicó con exclusividad en un trabajo, lo mismo tenía que hacer con el viento, porque los dos elementos están muy presentes en su prosa poética. Llegaba el siglo XXI. Los Amigos de San Antón celebramos la cena en la casería “El Plantío”, propiedad de Joaquín Ramírez Sáenz. Y digo, celebramos, porque en ese año tuve el honor de ingresar en dicha confraternidad. El Plantío ponía fin al homenaje a las antiguas caserías de Jaén que habían comenzado con la de San Rafael. Esa noche Vicente, al que Morales Cuesta, llamó heredero de Almendros Aguilar, de Cazabán y de los mejores cronistas que ha tenido la ciudad, nos deleitó con lo que podíamos llamar –si lo hubiera escrito en verso– una oda al viento de Jaén. Haciendo uso de la prosopopeya personificó

al viento exhortándole a que arrastre hasta hacer desaparecer “el secular conformismo, el espíritu aldeano y el localismo trasnochado, todo eso que pone costra endurecida al progreso”. Con ello aludía, sin duda, al artículo titulado “La costra del progreso” escrito en 1966 por Darío Fernández Flores, autor que también cantó al viento y a las campanas de Jaén. Fue publicado en el periódico ABC y recogido en la Revista Don Lope de Sosa, fuente que Vicente conocía muy bien. Dicho artículo, referido a nuestra ciudad provocó ciertos reproches por parte de Luis González López y José Chamorro.

Al año siguiente, en otra estampa costumbrista, recreaba esencias puras de Jaén. Su tema fue la plaza vieja o de San Francisco. Suscribo las palabras de Rufino Almansa, cuando dijo, en la anual crónica, que Vicente, la había descrito de una manera tan viva que nos hizo retroceder en el tiempo llenos de nostalgia. Nos contó los distintos usos que tuvo: zoco, amplia explanada... hasta convertirse en plaza en el siglo XVI. Evoca el viejo sabor que le prestaban locales aledaños como el bar “Sanatorio”, las tabernas de Paco Reyes y de Zamora, la mercería “La Verdadera”, la sastrería “Cuatro Jotas”, o el estanco donde se conocieron Emilio Cebrían y Federico de Mendizábal. También recreó el callejón de las flores, con Eufasio y Capilla, personajes sobre los que escribiera Tomás Moreno Bravo en el diario Jaén. Recordó sus tiempos de escolar cuando camino del Instituto, entonces en la calle Compañía, pasaba por “la tienda más grande del mundo”, la zapatería El Capricho, porque se extendía desde La Suiza, comercio de la calle la Parra, hasta El Brasil, establecimiento contiguo de la calle Los Álamos.

En fin, es una crónica que remueve tiempos pasados, prestando mucha vida al ambiente de un espacio tan emblemático para Jaén y por el que discurrió “aquella España esquilmada entre los de arriba y los de abajo, la clase media, ese pueblo que tomaba el sol hasta hartarse, se bebía el vino peleón de las tabernas del entorno y no sabía si amaba o aborrecía al poder instituido”.

En el Ilustre Colegio Oficial de Farmacéuticos, acorde con la institución que nos acogía, rindió homenaje a las tertulias y a las entrañables reboticas calificándolas de “verdaderas casas de la cultura de la vida urbana y rural”. Estos encuentros gastronómicos y culturales en los que ya somos una “familia unida, bien avenida, muy consolidada”, las Ausencias desgarran y cuando algún cofrade fallece, por muchos que seamos, como en las familias numerosas, su vacío es muy notorio. Este año, Antonio Casañas Llagostera, hermano de nuestro Prioste, en junio nos había

dejado para siempre. Para este “hombre sencillo, bueno y cordial”, tuvo su recuerdo emocionado.

Eligió Vicente para el tema que le ocupaba esa noche cuatro famosas reboticas de farmacéuticos de Jaén: la de Ramón Espantaleón Molina, en donde se elaboraron pócimas que obtuvieron diplomas de mérito en las Exposiciones Internacionales de Bruselas y París. La de Ángel Carriazo Arroquia, un ejemplo de “amor por las Ciencias y las Humanidades” y también de perseverancia, pues según nos dijo leyó su tesis doctoral con 74 años. La de Antonio Vázquez de la Torre “prototipo de caballero honrado”, el que hiciera las famosas caricaturas de personajes de Jaén, y por último, la de Inocente Cuesta Paredes al que calificó cómo “hombre de laboratorio. Sencillo, cordial, todo humanidad”

Mencionó asimismo reboticas del siglo XVII, como la Quevedo que no era otra cosa que el campo giennense. No podía faltar la de Adolfo Almazán en Baeza. A donde llegó Machado arrastrando su tragedia personal por la muerte de Leonor. Junto a las reboticas repasa otros foros de debate en los que, como en aquellas, se platicaba de lo humano y lo divino. Así, señaló la centenaria taberna del Gorrión, los casinos Primitivo y de Artesanos, la barbería de Vicente Olmedo en la plaza de la Audiencia. Testimonió otras reuniones particulares en las casas de Eduardo Arroyo Sevilla y de Inocente Fe Jiménez, el primer alcalde andalucista de la historia. La hermosa palmera de la calle rey Alhamar, por la que pasaban los contertulios, hoy evoca su memoria. Pertenecía a su antiguo chalet y respetada por la excavadora aún nos sorprende gratamente en pleno casco urbano. No ocurrió lo mismo con los restos de la famosa fábrica de perfumes que poseía en el entonces Paseo de Alfonso XIII.

La santa capilla de San Andrés fue el lugar que, con muy buen acierto, eligió el Prioste en 2009. Nuestro poeta, como en otras ocasiones, hizo coincidir la temática de su oratoria con el entorno de la reunión. De manera que nos introdujo en el barrio de San Andrés, marcando de esa forma un paso más en el camino tan transitado por él de la pasión por Jaén.

De las muchas formas en que define los barrios me quedo con la que los asemeja a las páginas de un libro que escriben los vecinos con sus vidas cotidianas y con sus historias íntimas. De este modo, fue desgranando sus páginas en las que los esclavos negros trabajaban en el horno que dio nombre a la calle “Hornos Negros”. O a los llantos de las infelices vidas abandonadas en la Casa Cuna que prestaría su nombre a la calle. En sus consideraciones finales, recurre de nuevo a la comparación. Así el



barrio de San Andrés le parece un “puñado de granos que hace espigas o un conjunto de notas para una sinfonía”. Es esa “convocatoria de los tiempos” que él siempre decía que se encontraba en la calle.

## EVOCACIÓN DEL LABRADOR, DEL CARÁCTER DE LOS GIENNENSES Y DE SUS TRAJES TÍPICOS.

Dijimos que los Amigos de San Antón siempre realizaron sus reuniones en lugares representativos de Jaén. Tras el primero en el Parador, iniciaron un periplo por las antiguas caserías de Jaén. Comenzaron en la de San Rafael, propiedad de Rafael Ortega Sagrista. Allí, Vicente se acercó a una de las estampas costumbristas que iban a protagonizar sus disertaciones en las Cenas Jocosas. Una mula torda “que no se cansa de andar y desandar el camino” es la protagonista. A través de ella, y del campo que recorre, inmerso en la prosa poética que define su obra, nos habla del campesino giennense “de sus esfuerzos y sus trabajos. Envuelto en la capa de su silencio. Abierto a la ilusión y a la esperanza”. No pretendo, tampoco sabría, hacer crítica literaria de su obra, pero me sugiere ciertos tintes juanramonianos.

Aquí inicia también sus frecuentes alusiones a las campanas, de las que ya he hablado. Quizás porque con ellas dibuja el horizonte que necesita para expresar su sentir. Las introduce formando parte de una bien descrita escena en la que un labrador transita el camino y “los bronces de una campana de la iglesia parroquial rompen los silencios y el hombre se descubre”. El viento también será su aliado: “Y el viento en su afán de arrasarlo todo, no tiene fuerza para derribar el verso sentencioso, senequista, que un hombre ha lanzado al aire para un mensaje eterno”.

Imaginando Jaén como una postal de la aceituna elaboró unas reflexiones poético filosóficas en torno al “denso” carácter de los giennenses. Afirmó que el giennense es “duro, sufrido, bronco y bravo al mismo tiempo que sencillo, tímido, callado y prudente como el olivo”. Ahondó en la prudencia basándose en la frase del poeta Bernardo López: reservada gente son mi gente...Y continua, “a pesar de que los giennenses hemos tenido las condiciones óptimas para ser rebeldes hemos sabido sustituir la rebeldía por la prudencia”. Prudencia que no considera que sea una virtud ya que piensa que “ha engendrado envidias y rencillas aldeanas”. Termina con unos versos del poeta, José de la Vega Gutiérrez, que insisten en el carácter prudente de los hombres y mujeres de Jaén “precisos en los juicios, cortos en sus palabras”.

En la Casería “El Llano” se dirigió a los comensales para hablarles de los trajes típicos de Jaén, la Pastira, “símbolo del carácter de la mujer jaenera” y el Chirri, “símbolo del hombre de Jaén”. En su afán por recuperar las raíces de nuestras costumbres, recogió las definiciones que de ellos dieran algunos autores, como por ejemplo Alfredo Cazabán, Luis González López, o Antonio Alcalá Venceslada, quien en su “Vocabulario Andaluz”, los define como nombre dado a las hortelanas y hortelanos de la vega de Jaén. Del mismo modo, recordó a pintores que los retrataron como José Nogué, o Pedro Rodríguez de la Torre. Sin dejar a los músicos para los que nuestros trajes populares también fueron inspiración. Entre ellos Federico de Mendizábal, el autor del himno a Jaén que incluyó en sus estrofas esas pastiras ante las que se rendía nuestra “Bella ciudad de luz”.

Para terminar enlaza con las mantillas, destacando la blanca “la de encaje de seda” que cantara el Marqués de Santillana en su cuarta serranilla dedicada a la moza de Bedmar, y la colorada que cantara Almendros Aguilar en uno de sus romances de los Cuentos de la Abuela. Narró el episodio acaecido en el día de San Juan, cuando los moros intentaron secuestrar a “un grupo de damas y galantes”, y en la refriega, la sangre cristiana regó sus tocas blancas. Para conmemorar lo sucedido “llevan en Jaén las hembras/colorada la mantilla”. Buscando otro origen a la mantilla colorada y citando a Cazabán, afirmó que su uso pudo ser una influencia de la industria textil que se desarrolló en Jaén después de la conquista cristiana.

Concluye justificando su recuerdo a nuestros trajes típicos por dos motivos: “para rendir homenaje, lleno de afecto y admiración, a pasadas generaciones de hortelanos y hortelanas, tipos entrañables de Jaén, que nos legaron el amor al trabajo y las mejores virtudes”, y para llamar la atención sobre su uso en los días de feria “como bandera de alegría a los vientos de la ciudad, la mantilla colorada y el sombreo calañés”.

## DE LAS PROPIAS CENAS JOCOSAS A LA REPOBLACIÓN DE LOS VILLARES.

Un gorrión que con persistencia le acompañaba en una ventana de su vivienda de la calle San Antonio, le inspiró para dar el nombre de Gacelo a una sección que, sustituyendo a la de sus Retratos al Natural, se publicaba los domingos en las páginas del diario Ideal. En 1994, el encuentro anual fue en la Económica. Por entonces era director Ricardo de Villegas. Yo era la bibliotecaria. Recuerdo que cuando Vicente llegó a la Cena estaba tan ensimismada con los documentos del archivo que ni

siquiera me había dado cuenta de la hora que era. Recogí libros y legajos. Charlamos un momento y nos despedimos sin saber, ni él ni yo, que al año siguiente trabajaríamos juntos en esa misma estancia, pues él entraría a formar parte de la institución que entonces era su anfitriona.

Cuando llegó su turno, anunciado cuidadosamente por el Prioste, Vicente le encargó a Gacelo que al día siguiente –domingo– contara lo que allí pasó. Su diligente pajarillo amigo rememoró cuatro Cenas Jocosas: la primera, la del poeta Baltasar de Alcázar; la “Otra Cena Jocosa” en honor de Cazabán; la de 1978 cuando se iniciaron las actuales, y la de esa misma noche en la que los Amigos de San Antón se sumaban a la conmemoración que estaba haciendo la Económica del bicentenario de la publicación del libro escrito por el Deán José Martínez de Mazas “Retrato al Natural de la Ciudad y Término de Jaén”, título que inspiró a Vicente para sus mencionados Retratos al Natural. Al dictado de su amigo Gacelo terminó con la siguiente frase: “Queridas Cenas que nos congregan cada año, en confirmación de la realidad jaenera de esta Asociación de Amigos de San Antón, en una hermandad real que es su base y cimiento, sólidamente sostenido por el amor grande que sentimos hacia nuestro Jaén”.

Pasado el tiempo, en 2008, la localidad de Los Villares conmemoraba el V Centenario de su fundación, y los Amigos de San Antón nos unimos a las celebraciones. También rememorábamos nosotros el ochenta cumpleaños de la Cena Jocosa de Cazabán. Esa noche, el agua inundaba con toda su fuerza las calles del pueblo por las que circulábamos camino de las Casas Consistoriales, en donde nos esperaban la alcaldesa, Carmen Anguita Herrador, y dos de sus concejales, Luis Parras Guijosa y Francisco José Palacios Ruiz.

Llegado el momento, Vicente, a quien Manuel López Pérez, en la crónica correspondiente lo llamó “Maestro de muchas generaciones de historiadores y veterano periodista en quien bondades y saberes se unifican y complementan”, nos remitió a comienzos del siglo XVI, cuando tuvo lugar la repoblación de Los Villares. Los acontecimientos se desarrollaron bajo el reinado de la primera reina de España: Juana I, la mal llamada Loca. Mujer a la que aún no se le ha reconocido su labor política. Desde entonces, la población quedó bajo la jurisdicción del Concejo de Jaén hasta 1600, año en que consiguió emanciparse convirtiéndose en población independiente. De esta manera, nos mostró su faceta de historiador, hablando del proceso repoblador de aquellas tierras estériles y despobladas que constituirían el posterior municipio villariego.

Terminadas las alusiones históricas se centró en la actual población convertida en “colonia veraniega, en ciudad dormitorio, en lugar privilegiado y abierto para la segunda vivienda de muchas familias de la capital”. Finalizó con un “apunte literario” acerca de una de las principales actividades de la ciudad: la artesanía. Como sus primeros pobladores, los habitantes de Los Villares continuaron viviendo durante siglos de la agricultura. Pero en el siglo XX fue conocido por su artesanía del mimbre. “Hoy aquellas artesanías, que fueron como réplicas a profundas y extrañas geologías, han sucumbido a los artículos fabricados en serie, en lejanos talleres, fuera de estos lares nuestros, entrañables, posiblemente traídos por chinos, ciudadanos comerciantes del mundo, y, como en una riada, para inundar nuestros ámbitos cada vez más desnaturalizados”.

## INSTITUCIONES HISTÓRICAS

De los edificios por los que, a través de los años, pasaron los Amigos de San Antón, escogió tres como tema de sus aportaciones. El primero fue la Escuela de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos de Jaén. Fue en 1995, con motivo de su 75 aniversario. El cronista anual, Juan Eslava Galán, que escribió en castellano antiguo toda la crónica obedeciendo las órdenes del Criado Portugués, dijo que Vicente se dirigió a los comensales “con esa buena y discreta razón que saue dar a todas las cosas”. Y así, discretamente, expuso una breve historia de la institución desde que fue creada en 1921. Ahora un nuevo edificio, construido en la década de los sesenta del siglo XX, con Luis Berges Roldán como arquitecto, daba cobijo a la Escuela dirigida por Luis Cárdenas Castillo.

Se interesó por los ilustres profesores que pasaron por ella, como Pablo Martín del Castillo, José Nogué Massó, José María Tamayo o Rafael Rubio Vernia. Así como por todos los alumnos anónimos que encontraron su espacio en el campo de las artes. Ofreció datos sobre el número de alumnos matriculados en su primer año de andadura: 123. Cifra que contrapuso con la del curso 1995-96: 530 alumnos. Facilitó el nombre de las únicas mujeres matriculadas en aquel año para aprender corte y confección: Mariana Torres Maza y las hermanas Doria y Josefa Flores Vadillos. Constatando el hecho de que bastantes generaciones de artistas se formaron en sus aulas, reflexionó preguntándose si son estas escuelas las parientes pobres del sistema educativo.

Otro de los notables espacios de los que se ocupó fue el Archivo Histórico Provincial, entonces dirigido por María Dolores Torres Puya. Como la anterior, esta entidad también estaba de aniversario, conmemo-

raba los diez años de su traslado desde la calle Santo Reino al antiguo Convento de Dominicos, lugar donde esa noche se congregaban los Amigos de San Antón. Y como en aquel, en este también participó el arquitecto Luis Berges Roldán en su proceso de restauración.

Meticuloso y ordenado en su exposición nombró a fray Juan López, a Bartolomé Ximena Jurado, como historiador de quien recaba información, y a Juan de Morales, obispo de Badajoz y confesor de Juan II, como uno de sus primeros alumnos. Y también se entregó a la intrahistoria haciendo “expansión de su intimidad”. Y es que, siendo Jefe de los Servicios Periféricos del Ministerio de Cultura en nuestra provincia y dentro del protocolo establecido para llevar a cabo las transferencias de la Administración Central a la Comunidad Autónoma Andaluza, allá por 1988, se sintió vinculado a este edificio ya que tuvo el honor de firmar la escritura de cesión junto con el entonces presidente de la Diputación Provincial, Cristóbal López Carvajal. A lo que añadió que seguía vinculado a él como miembro de la Comisión creada para la conservación de los fondos documentales de la Prisión Provincial de Jaén, así como por ser el encargado del archivo de la Subdelegación del Gobierno.

En 2005, el Palacio renacentista de Villardompardo, era testigo de otra reunión de los Amigos de San Antón. Sus dependencias custodian el Museo de Artes y Costumbres populares y el internacional de Arte Naïf “Francisco Moral”. Todas se encuentran descansando sobre los



Manuel López, Luis Berges, María José Sánchez, y Vicente Oya.  
Palacio de Villardompardo, 2005

Baños Árabes. De ellos habló Vicente. De nuevo Berges dirigió el proceso de restauración, por el que, como es sabido, recibió el premio Europa Nostra. Evocó a todos los inquilinos que pasaron por el palacio: los Torres de Portugal, el Hospicio, la Casa-cuna, la Casa de Maternidad y la iglesia de Santa Teresa. Con la sensibilidad que le caracterizaba señaló lo que conocieron aquellos muros desde “los gozos placenteros de los árabes” hasta el “dolor, la soledad, la vida marcada por el infortunio de la orfandad de los pobres, el frío, la soledad, la indigencia”. El Museo de Artes y Costumbres populares lo definió como “el corazón de nuestra tierra”, en donde reside “el alma popular” y en donde se “rinde culto a nuestros antepasados”.

Por último, en otro memorable inmueble de la ciudad, la Diputación Provincial, nos introdujo en los entresijos de su historia.

Fue una noche de aniversarios: el del bicentenario de la institución que nos atendía y el 50 cumpleaños de aquella “Otra Cena Jocosas”. Rememorando el primero recapituló los distintos organismos que encontraron cobijo en él desde que fuera convento de San Francisco: gobierno civil, hacienda, Correos y telégrafos, Comisaría de Policía, Audiencia Provincial, Jefatura de Tráfico, Instituto de estudios Giennenses, Museo Arqueológico, Hemeroteca Provincial, Hijas de la Caridad, el Colegio de



Pilar Sicilia, María José Sánchez, Juan Eslava y Vicente Oya. Diputación Provincial, 2012.

la Gota de Leche... Como lo hiciera cuando habló de los relojes evocó de forma especial al de la Diputación. Y también a las campanas, de las que ya hemos hablado. Enumeró los lugares donde hasta entonces se habían celebrado nuestras citas literario gastronómicas.

Tuvo un emotivo recuerdo para los 17 amigos que año tras año, desde 1978, se fueron hacia el más allá, legándonos “el ejemplo de sus vidas y su dedicación a Jaén”. De los que, además, dijo que allí tendrían “una sucursal de Los Amigos de San Antón que, inexorablemente, terminará siendo la sede definitiva”. De la sede terrenal del Arco de San Lorenzo que los Amigos de San Antón tienen desde 1981, aportó cifras sobre los actos culturales que en ella se celebraron. Fueron casi trescientos. Lo mismo hizo con los libros de las crónicas de las Cenas Jocosas que ya llegaban a 34. Y con las 90 ediciones de la revista “Senda de los Huertos” a la que califica de continuadora de “Don Lope de Sosa” y “Paisaje”.

## GALERÍA DE PERSONAJES

En sus semblanzas, como dijera André Maurois, al que él cita, va al encuentro de la verdad. Son retratos nacidos de la amistad, del afecto y de la admiración por la labor intelectual y profesional que sentía hacia los personajes retratados. Están limpiamente acopladas en el contexto para el que están hechas y son fruto de recuerdos, homenajes, o necrológicas, lo que significa que solo son señalados los aspectos positivos. A algunos ya los había entrevistado para la revista “Senda de los Huertos” y otros formaron parte de su sección “Una vida en seis capítulos” publicada en el diario Jaén. A propósito del género periodístico de la entrevista declaró que, a lo largo de su actividad profesional procuró “buscar en los entrevistados todo aquello que tienen de interés humano y de proyección divina...su realidad humana, libre de prejuicios por fidelidad a mí mismo, al propio entrevistado y al lector”.

Inició su galería de personajes con León Herrera y Esteban, jurista, militar y político que llegó a ser Ministro de Información y Turismo en el último gobierno de Franco, y que en 1989 se sumaba a los Amigos de San Antón. Con la humildad que le caracterizaba, recordó a Rafael Ortega Sagrista, diciendo que era a él al que debía corresponder el “gozoso encargo” de hacer la presentación del nuevo miembro de honor, ya que les unía una gran amistad. No obstante, lo hacía “con mil amores” pues también era su amigo y con su llegada honraba a los Amigos de San Antón. Después de insertar algunos datos biográficos, destacó su apego por Jaén, diciendo que siempre “encontró tiempo y lugar para acoger, con

cariño, con generosidad desbordante, con el mejor talante, a todos los paisanos que hasta él acudieron...ejerciendo su influencia sin tráfico de influencia”, usando ese juego de palabras para el que tenía tanta facilidad.

A los dos años se incorporaba otro miembro de honor: Juan Eslava Galán. Como en otras ocasiones, a Vicente se le encomendó presentar al neófito. Inició su discurso exponiendo la dificultad que entrañaba la misión pues “aquel Juan Eslava local había pasado a ser un Juan Eslava súper conocido y admirado, personaje ya de las Letras de nuestro tiempo, por la ancha geografía, dentro y fuera de España, con millones de lectores”. Incluyó una nota jocosa, algo muy característico en él. Manifestó que, según lo expuesto, Juan podía llegar a ser “impresentable”, término del que aclaró su significado: “no necesita presentación”. Y efectivamente era así. Juan ya era Premio Planeta. Hacía justo cuatro años que lo había conseguido con su sugerente, imaginativa y divertida novela “En busca del Unicornio”. Tras una breve exposición de su curriculum, expuso una relación de sus obras, a las que consideró “fruto de sus amores con la amante que se buscó en la adolescencia: la literatura”. Recordó los años en que se conocieron en la tertulia literaria “El Lagarto Bachiller”. Describió sus rasgos físicos: “señor con cabeza descubierta, cuidada barba, rostro de niño bueno, pero de sonrisa irónica, mirada penetrante, y semblante hecho a muchos saberes”. Ponderó su entrega al trabajo, tanto en la docencia como en la literatura, diciendo que siempre dedicó su tiempo a escribir “Sin descanso. A destajo”. Testimonió que “el principal atractivo de sus novelas está en su construcción. Pero sobre todo en un divertimento humorístico, en una amable sátira, sátira de un pueblo y de una época frívola y galante, como recordándonos algún texto de Antonio Mingote”.

Se centró en su novela “Catedral”, en la que considera que el autor se adentra “más en el conocimiento de secretos íntimos, casi inconfesables, pero nuestros, de Jaén”. Terminó estableciendo un símil con la imagen del relato bíblico en que Jesús expulsa del templo a los mercaderes. Juan Eslava es Jesucristo y los mercaderes los hipócritas de siempre, aunque cambien las generaciones: “Juan Eslava nos ha metido a todos en la Catedral y después ha tomado prestado el látigo para echar del templo, sin echarlos físicamente, sin darles latigazos, a los hipócritas de siempre, que predicán y no dan trigo, a las beatas que gastan el tiempo en conversaciones vanas, como las cigarras que cantan sin cesar, holgazanas, frente a las hormigas laboriosas”.

A la siguiente cena, Vicente estuvo a punto de no acudir. Su madre estaba muy enferma, de hecho falleció poco después. Esta, consciente de



lo que significaba para su hijo la Cena Jocosa, le recomendó y hasta le ordenó que asistiera. Ese año, la anfitriona fue Caridad Miralles Recalde, viuda de Manuel Millán López, al que dedicó unas emotivas palabras. Presentó su curriculum destacando algunas de sus obras como arquitecto: Colegio Universitario de Jaén, el primer Auditorio de la Alameda o numerosas viviendas sociales. También aludió a otras facetas como la de presidente del Real Jaén o como concejal del ayuntamiento de la capital. Puso de relieve que, además, fue “el arquitecto de su gran familia”. Nombró a sus nueve hijos y lo definió como “ejemplo del hombre trabajador y honrado, abierto a las mejores inquietudes y a las más justas aspiraciones”.

Comparó su hogar, un “huerto” del que nacieron las “mejores virtudes”, con un estudio de arquitectura y con una clínica particular, porque en ella pasó su larga enfermedad provisto de un riñón artificial que le alargó la vida y que él quiso, que tras su muerte, se donara al Hospital Provincial. Deseo que, por supuesto, su familia cumpliera. Y podríamos añadir otra función que cumplió aquella casa: sede de la Real Sociedad Económica de Amigos del País. Sí. Porque allí se reunió, en 1975, la última Junta de Oficiales presidida por Manuel Millán. El edificio de la Económica no les ofrecía seguridad amenazado como estaba por el derrumbe del colindante teatro Cervantes. Cerró los elogios hacia este gran arquitecto diciendo que “Tenía soluciones técnicas, con alto rigor científico, para los problemas de la construcción, pero esas soluciones tuyas estaban siempre impregnadas de humanísticas vibraciones”.

Al año siguiente se unía a la confraternidad Ignacio Ahumada Lara. Nuevamente, Vicente se encargó de presentar al nuevo miembro. Y lo hizo impecablemente, como nos tenía acostumbrados. Se acercó a la figura de esta personalidad indiscutible en el campo de la Lexicografía definiéndolo como “defensor infatigable de la Lengua Oficial del Estado”. Se remontó a sus inicios profesionales desde que profesor colaborador en la Cátedra Antonio de Nebrija de la Organización de Estados Iberoamericanos, hasta que llegó a ser Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de Jaén.

Reseñó su extensa bibliografía, destacando su labor lexicográfica. Nombró a sus maestros: Rafael Lapesa, Manuel Alvar y Julio Fernández Sevilla. En fin, un amplio curriculum que solo estaba empezando. Su sistemática y perseverante labor le permitiría ocupar una cátedra en la Universidad de Ciencias Humanas y Sociales del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid). Valoró la faceta humana de este hombre “bueno, sonriente, bondadoso, con su estilo propio” en una época,

continuó, como la actual en la que la imagen ha desplazado a la palabra, como si volviéramos a la Edad Media, “cuando las Catedrales, mucho más que un templo, eran lecciones vivas de cosas. Cuando las gentes aprendían la religión y sus misterios en los bajorrelieves, en las vidrieras y después en los cuadros de pintores primitivos”. Terminó ahondando en su humanidad, declarando su intensa dedicación a la familia, “pero a una familia muy numerosa, muy amplia, formada por los suyos, sus alumnos, sus compañeros, sus amigos, a quienes transmite el calor humano de su afecto y de su bondad, afecto y bondad que se ven correspondidos”.

Ya hemos visto que la prosa poética predomina en la obra de nuestro protagonista, pero también escribió poesía, de hecho fue galardonado con el premio internacional de poesía del grupo literario “El Olivo” por su libro de poemas “Hacia otra Aurora”. En el homenaje al poeta Felipe Molina, que había fallecido solo dos meses antes, esa noche, en el Hospital de San de Dios, aportó unos poemas titulados “Escribir un poema” y “Un canto de pájaros”. Escritos en verso libre, el primero es un canto a la poesía y a los poetas. En el segundo, ya lo vimos, recurre con frecuencia a las campanas.

En 1988, el mensaje del Criado Portugués puso de relieve que se cumplían catorce lustros de la “Otra Cena Jocosa”. Por lo que el “lugar de acomodo” debía ser el mismo que se utilizó en aquella ocasión, el Palacio del Condestable Iranzo. Si Cazabán fue el mentor de aquella ocasión, en esta lo era el Prioste, Pedro Casañas Llagostera. Le prestigiaban 20 años alentando y organizando estos anuales encuentros. Manuel López Pérez esbozó para él un merecido reconocimiento, porque a su “tesonera constancia, siempre ajena a los años, las dolamas y las dificultades debemos sus amigos el regalo actual de esta cena deleitosa y deben la ciudad y sus gentes la oferta de una cultura multidisciplinar que él sabe animar de muy diversas maneras”. Su parlamento provocó en los asistentes el compromiso de homenajear al Prioste de la mejor manera que sabían, esto es, con su pluma al dictado del corazón. De modo que todos le regalaron sus glosas. Vicente lo hizo dirigiéndose a toda la familia Casañas. Antes, en la misma reunión, nos había guiado en un paseo virtual por la calle Maestra. Ya los hemos visto. Ahora, presentaba a los progenitores de Pedro Casañas, Juan y María del Carmen, y a sus 11 hijos, uno por uno, con sus profesiones y ocupaciones, asegurando que “ahondaban sus raíces en la cotidiana historia local y en nuestras entrañables tradiciones”. Sintiendo orgulloso de su amistad declaró: “ha valido la pena haber conocido, y tratado, y convivido, con familias que, como en este caso, nos

han ejemplarizado, aparte de honrarnos con una amistad verdadera que aprieta, para siempre, muchos lazos de afecto y cordialidad”.

El palacio Cobaleda Nicuesa o de los Bonilla representa una de las mejores muestras de la tradición vanderviriana en la ciudad. Sus propietarios desde finales del siglo XIX, fueron y son la familia Bonilla. Los abuelos del actual propietario, Jaime de Bonilla y Moreno, fueron José Bonilla y Jaén, y Catalina Mir y Real. Esta mujer, allá por los años veinte del siglo pasado, cuando las féminas aún tenía reservado su campo de actuación al ámbito privado, aportó su grano de arena participando en la formación integral de la mujer. Por entonces, presidía la Acción Católica de la Mujer y en calidad de directora organizaba conferencias cuya temática giraba en torno a la influencia social de la mujer o su significación en la vida social, jurídica y artística. Pues bien, de ella, nuestro periodista, trazó una semblanza ente los muros de la que fuera la mansión señorial de aquella. Antes de comenzar hizo gala de su socarrón humor. Aludió a la edad de la mayoría de los presentes para los que solo había un médico y además pediatra. Desde su “balcón imaginario” subrayó la labor social de esta mujer a favor de los marginados. Señaló que se adelantó a los tiempos, en el sentido de que plasmó sus inquietudes sociales de protección a los más necesitados. Fruto de ello fueron las Escuelas Nocturnas del Niño Jesús de Praga, dedicadas a la educación preferentemente de adultos, que ella fundó y que sería el germen de la fundación Catalina Mir. En ella se detuvo Vicente, para ilustrarnos con detalle de sus fines y evolución. Resaltó a continuación su poca conocida faceta de escritora. Dándonos a conocer dos libros de los que fue autora: “Cuadritos y Recuerdos” y “Memorias de un años triste”. No llegaron a publicarse pero sus originales los conservan intactos sus hijos. Al respecto, Vicente apuntó que la Fundación que lleva su nombre podía encargarse de su publicación. Esta fue la única semblanza dedicada a una mujer.

En 2004, Natalio Rivas Sabater, nos abrió las puertas de su mansión, el palacio Vela de los Cobos. Como se encontraba en Úbeda hasta allí nos desplazamos todos. Como dije al principio muchos de sus personajes ya los había entrevistado. Este era uno de ellos.

Había poca luz en el palacio. Doy fe. José García, encargado de redactar la crónica de lo sucedido en la ciudad de los cerros, dejó constancia de lo que, a propósito de la débil iluminación él imaginó ver: una luciérnaga. Y es que Pedro Alejandro Ruiz, tuvo que alumbrar a Vicente con una oportuna linterna que Maribel Sancho le prestó. No la llevaba de manera fortuita, nos contó que siempre la traía porque le parecía muy útil. Desde luego aquella noche lo fue.



Vicente Oya y María José Sánchez. Palacio Vela de los Cobos. Úbeda, 2004.

La mansión que nos acogía, llena de arte e historia, se convirtió en protagonista. No en vano era un palacio. El anfitrión se sentía orgulloso de él. Entendía, según sus propias palabras que, además de su casa era “a un mismo tiempo, monumento, museo, archivo y biblioteca”. A propósito del palacio, Vicente lo definió “como la síntesis de una Úbeda serena, hecha de calmas, en calles estrechas, plazas recoletas, remansada en sus templos y en sus conventos y en sus viejos y nobles palacios y caserones”. Destacó algunas obras de arte de las muchas que albergaba la solariega casa. En la biblioteca presidía la estancia un crucifijo “con rostro de gran dolor y de amargura inagotables”, y un retrato de José María el Tempranillo, el famoso bandolero andaluz. Curiosa ubicación que provocó en Vicente una reflexión: ¿Sería el bandolero el buen o el mal ladrón?. De dicha biblioteca, que cuenta con más de 11.000 volúmenes, llamó su atención un libro de Natalio Rivas Santiago, abuelo de Rivas Sabater, titulado “El siglo XIX. Episodios históricos”. Oya tenía un ejemplar. Lo había comprado en la madrileña Cuesta de Moyano, a la que gustaba acudir en busca de alguna joya bibliográfica.

Y es que no podía dejar de nombrar al meritorio antepasado, escritor, jurista y político liberal al que tanto admiró su nieto. Recuerdo

que esa misma noche expuse un episodio relacionado con dicho político, cuando en la localidad de Pitres, en plena alpujarra granadina, a la que acudió en campaña electoral, prometió a los vecinos lo que nunca podía ser: un puerto de mar. Todo lo que generó la ocurrencia del político, por otro lado llena de sentido en su contexto, era desconocida para él. Cuando terminé pude comprobar lo mucho que en su vida significó su abuelo. Su expresión lo delataba. Se levantó de la mesa y emocionado fue hacia mí para felicitarme y pedirme el texto. Sin duda, las curiosas vivencias que asocian a Rivas Santiago con la Alpujarra, debieron traerle gratos recuerdos.

Dos pintores revalidados por la crítica nacional: Francisco Cerezo Moreno y Alfonso parras Vilches, serían protagonistas de nuevos escritos. En 2006, en el Museo Provincial, con “la medida y el sosiego que imprime a sus palabras”, así lo decía Antonio Martos, Vicente expuso una semblanza del primero, del “maestro consumado en el paisaje del bodegón y el retrato”. Con sentida emoción honró a los Amigos de San Antón que ya habían partido para la otra orilla: Fernando García Lorite, José Chamorro Lozano y Francisco Cerezo Moreno. De los tres era un gran amigo. Los dos primeros fueron sus compañeros en la redacción del diario Jaén. Fernando, trabajando al lado de su mesa y José, su director.

Cerezo también fue su personaje en la “Senda de los Huertos” y en la serie del diario Jaén “Una vida en seis capítulos”. Con el reciente recuerdo de su última sonrisa, habló Vicente justo enfrente de uno de los lienzos que alberga el Museo de este gran pintor. Solo hacía mes y medio que había fallecido y unos días antes de su partida a la “región del silencio” se despidieron con un abrazo para encontrarse en esa cena que nunca llegó para Paco. Relató aspectos de su niñez cuando en la fragua de su padre aprendió a amar la obra bien hecha. Matizó rasgos de su personalidad como la honradez y la fidelidad a unos principios. Lo definió “sencillo, amante de la obra bien hecha, perfeccionista en horas de silencios duros, sufridos, interminables y creadores”. Como artista, puntualizó que era “Uno de los más grandes bodegonistas de la pintura española”. Analizó su obra descubriendo al pintor que desde el tenebrismo “como un reflejo del estado de ánimo” pasó a ampliar sus colores hasta llegar a ser “luminosos propio de quien había superado muchas dificultades”.

También mencionó sus publicaciones: “Mis Cuadernos de Dibujo” y “Castillos y Atalayas del Reino de Jaén”, una colección de estampas de las fortalezas giennenses, dibujadas por Cerezo, al que Juan Eslava Galán acompaña con documentados textos. De esta última y sus autores,

recuerdo el día de la presentación, allá por 1989 en la Económica, cuando tuve la grata satisfacción de presentarlos.

En la noche del 26 de noviembre de 2010 llovía con espanto. Nos reuníamos en el Megatín, en el estudio del pintor Alfonso Parras. Allí estaba junto a su mujer, Lita, dispuesto a ejercer de anfitrión. Y allí estaba Vicente, dispuesto a rendirle homenaje. Cuando Carlos M<sup>a</sup> López Fe, redactó la correspondiente crónica, nos mostraba a Vicente como “veterano periodista, ‘escribidor’ y cronista de altos vuelos, que con su sabio y elegante verbo nos hizo un muy bello discurso de agradecimiento al artista”.

“Para un pintor de luz a tiempo total”, ese fue el título que Vicente eligió para su discurso. Como otras veces, recordó al compañero fallecido en el transcurso de una cena a otra. En febrero nos dejó Miguel Calvo. A modo de homenaje póstumo identificó sus poesías con los cuadros de Parras. Del primero comentó que “describía paisajes y paisanajes, tiempo y espíritu, con versos claros, luminosos”. Lo mismo que “claros y luminosos” eran los paisajes y retratos del segundo.

Tras dedicarle hermosas frases prendidas de cariño, se refirió a dos exposiciones del pintor. La que realizara en la galería Aljaba en 1978, como homenaje a la tierra de Segura de la Sierra, de la que aseguró ser “ganado por la variedad y belleza de los paisajes serranos y sus pinceles, abiertos siempre a nobles inquietudes, inquietudes limpias y claras, como los amaneceres primaverales, ebrios de luz y de sol, han querido con esta exposición, síntesis de su cariño por lo jaenero, rendir sincero y fervoroso homenaje a la Sierra de Segura”. En los años 80, exponía su obra en Santander y Oya participó en la redacción de su catálogo.

Reprodujo las palabras que le dirigió cuando lo entrevistó para la “Senda de los Huertos”: “con los pinceles en la mano supero cualquier estado de ánimo. Eso para mí es una terapia. No tengo con que dar gracias a Dios”. Acabó reproduciendo un soneto que le dedicó su buen amigo Miguel Calvo Morillo.

Antonio Puerta fue un nuevo anfitrión que Vicente nos presentó. Ocurrió en la finca de su propiedad: La Beata. Y lo hizo, como dijera José Rodríguez Molina, el redactor de la pertinente crónica, “con palabras impregnadas de sentido afecto y reconocimiento”. A grandes rasgos trazó unas pinceladas sobre la vida de este empresario ejemplar que en la adolescencia fue auxiliar administrativo del antiguo Servicio Nacional del Trigo y de adulto llegó a ser el propietario de las tiendas de repuestos “Aurgi” repartidas por toda España.

Nos dio muchos datos de su espléndida hacienda, cuyas instalaciones ya todos conocíamos dado que Antonio Puerta y su mujer, Ana Novo Escarpa, muy amablemente nos la había enseñado. Ya sentados a la mesa entró en detalles. Nos contó que su propietario la había adquirido en 1988, añadiendo después el Cortijo de Matarratas y casi toda la vertiente sur de la sierra de la Pandera. En la actualidad constituye un paraje único con un bosque mediterráneo de 500 hectáreas en el que conviven millares de ciervos, gamos, jabalíes, yeguas y caballos. Como a todos, a Vicente le impresionó una gigantesca y centenaria encina de la que nos dijo que tenía más de 500 años y que se elevaba hasta alcanzar los 50 metros. A propósito de la encina le dedicó una de sus hermosas frases: “Antonio Puerta Muñoz es como esa encina o ese olivo, solitario en el esfuerzo y solidario con los demás”.

En sus dos últimas cenas, sus intervenciones giraron en torno a Antonio Alcalá Venceslada y José Rodríguez Molina. Los dos fueron sus profesores. El reconocimiento del alumno que triunfa hacia aquellos maestros que le ayudaron a labrarse su futuro inculcándole valores, guiándolos desde su profesionalidad, compromiso y sabiduría, es una gran muestra de generosidad, porque no siempre el esfuerzo de los docentes se

ve recompensado. Aquí Vicente se nos muestra como el alumno agradecido dispuesto a recordar y reflexionar.



La última vez que se dirigió en público a los Amigos de San Antón. Fábrica de cerveza Heineken-Cruzcampo. La Imora, 2015.

El Colegio de Abogados fue el marco de referencia del encuentro de 2014. Vicente lo tuvo en cuenta y aprovechó el entorno de leyes para recordar a tres ilustres giennenses: Juan Manuel Ortí Lara, José Yangüas Messía y Antonio Alcalá Venceslada. De los tres había publicado sus respectivas biografías en el diario Jaén. En la serie ya citada “Una vida en seis capítulos”. De los dos primeros, abogados, entregó al Colegio Profesional y a los Amigos de San Antón los respectivos ejem-

plares de sus entrevistas. El tercero “costumbrista de la gracia andaluza” como él lo definió, no era licenciado en Derecho, pero con su “Abogado de Oficio” encajaba a la perfección en aquella noche de letrados. Fue su profesor en el Instituto “Virgen del Carmen” cuando el sistema educativo nada tenía que ver con el actual. Ni la educación, ni los alumnos, ni los padres, ni ningún otro miembro de la comunidad educativa.

Pues bien, de su maestro, elogió las coplas andaluzas incluidas en su obra “De la solera fina”, y “El Vocabulario Andaluz “ del que citó la edición facsímil que de ella hiciera el profesor Ignacio Ahumada Lara. Terminó con el “abogado de oficio” que tuvo el gitano Luis Yerbagüena, personaje de una poética composición de Alcalá Venceslada que “nos transporta a una estampa, la de un ambiente ya perdido, pero ciertamente entrañable”, esas que tanto apreciaba Vicente.

Al año siguiente, en la fábrica de cerveza Heineken-Cruzcampo, Vicente, sin saberlo, se despedía de nosotros. Juan Antonio López Cordero, cronista en esa ocasión, declaró que “pocos como él pueden escribir miles de artículos periodísticos, que avala su pluma, pregones, conferencias, discursos... salen con fluidez de su mente. A él recurren con frecuencia amigos, conocidos y también «vividores» del mundo de la cultura y de la política en busca de las palabras precisas, las ideas correctas; porque Vicente a nadie dice que no. Vicente es de los que suelen devolver un mal con un bien, porque la bondad y la probidad son ejes en su vida”.

El Criado Portugués había anunciado que “esta afamada Cena del año 2015, debe tener señalada dedicación, al muy ilustre Miembro de Honor de la asociación don José Rodríguez Molina”, por lo que, “complacido y honrado” Vicente nos deleitó con una espléndida semblanza de él. Comenzó recordando los años en que fue su profesor en la Facultad de Letras de Granada, cuando cursaba la carrera de Historia. En su primera clase, don José, lo presentó al resto de compañeros como el Cronista Oficial de la ciudad de Jaén y como historiador, profesión para cuya titulación acudía a la Facultad. Paradoja que, conocida su modestia, vivió con “cierto rubor” pero que le sirvió de estímulo para no defraudar al que él consideró, “maestro insigne, historiador riguroso y a tiempo total”, cuya vida estuvo marcada por una “larga trayectoria de docente entregado a sus alumnos y con una gran aportación, desde la investigación científica, para proyectar su obra sobre nuestra sociedad, siempre para poner luz sobre los ámbitos oscuros del pasado”.

Hizo un resumen de su impecable y dilatado curriculum. Destacó una faceta que pienso es fundamental en los trabajos de investiga-



ción de Rodríguez Molina: el rescate de la dignidad de los humildes, convirtiéndolos en protagonistas de muchas de sus investigaciones. Quienes pasamos por las aulas de este prestigioso historiador, de atrayente personalidad, lo recordamos como un profesor comprometido y entregado a sus discípulos. Su gran vocación de docente ha sido reconocida por un buen número de sus alumnos. El caso que nos ocupa, el de Vicente Oya, es una buena muestra. Yo también tuve la suerte de estar en sus aulas. Puedo enorgullecerme de haber sido su alumna al menos durante un verano, el de 1988, cuando él dirigía el curso “Raíces históricas de Andalucía: grupos no privilegiados de la sociedad andaluza”,



Su última foto con los Amigos de San Antón. Ángel Viedma Guzmán, José García García, José Manuel Arias de Saavedra Alias, Pedro Cruz Casado, Carlos María López-Fe Figuerola, José Casañas Llagostera, José Rodríguez Molina, María José Sánchez Lozano, Pilar Sicilia de Miguel, Francisco Cano Ramiro, Vicente Oya Rodríguez, Manuel Kayser Zapata, María Isabel Sancho Rodríguez, Pedro Casañas Llagostera, Antonio Martos García, Alfonso Parras Martín, José Martínez Castillo, Juan Carlos García-Ojeda Lombardo, Manuel Medina Casado, José María Pardo Crespo, Arturo Vargas-Machuca Caballero, Domingo Moreno Medina, Rafael Casuso Quesada, Pedro Galera Andreu, Juan Antonio López Cordero, María Amparo López Arandia y Juan Cuevas Mata. Falta Juan Enrique Espinilla Lavín que hizo la foto. Fábrica de cerveza Heineken-Cruzcampo. La Imora, 2015.

en la Universidad Internacional Antonio Machado, con lo que puedo testimoniar su concienzuda labor como investigador así como de otras muy buenas facetas, como por ejemplo su generosidad. Desde aquí le agradezco, una vez más, lo mucho que me ayudó cuando yo empezaba mi labor de investigación en el Archivo Municipal de Baeza. Pasado el tiempo, no dudó un momento en atender la petición que le hice. Había escrito un libro sobre la historia de Torres y quería que él me lo prologara. Dijo Vicente que Jaén siempre estará en deuda con Rodríguez Molina. Yo desde luego me sumo.

Finalizó su disertación expresando que el historiador continuaba siendo su profesor, aunque ya no asistiera a sus aulas, porque leyendo sus libros siempre descubría nuevas lecciones del gran maestro de quien tanto aprendió. Y concluía asegurando estar dispuesto a recibir la próxima clase, la última, quizás la que nunca llegó.

Un año escaso quedaba para que pasara a “la niebla de la eternidad”, una de tantas definiciones poéticas que él dio a la muerte. Murió un 11 de agosto lo mismo que Santa Clara. Como tú querías, Vicente, ese día te llevaste “el registro de todas esas voces, de todos esos sonidos de nuestro Jaén, que están como grabadas en un magnetófono gigante de la Naturaleza y en la memoria de nuestro corazón”.

INTERVENCIONES DE VICENTE OYA EN LA CENAS JOCOSAS DE LOS AMIGOS DE SAN ANTÓN

FECHA	TÍTULO	CRONISTA	LUGAR CELEBRACIÓN
25.11.1978	S.T. <sup>1</sup> La primera Cena jocosa	Manuel López Pérez	Parador Nacional de Santa Catalina
1.12.1979	S.T. La mula torda	Rafael Ortega Sagrista	Casería de San Rafael sitio del Zumel bajo
24.11.1980	S.T. Barrios de Jaén	Miguel Calvo Morillo	Casa de Luis Berges Roldán
24.11.1981	El nuevo panegírico del Chocolate	Manuel Caballero Venzala	Casa de Juan Castellano de Dios
27.11.1982	Reflexión, en voz alta, sobre la vieja y la nueva ciudad	Vicente Oya Rodríguez	Casería “El Carmen”
24.11.1983	S.T. Loa al pan y aceite	Alfonso Sancho Sáez	Casería “El molino de Martos”
30.11.1984	Las campanas de Jaén	José Chamorro Lozano	Torre del homenaje del Castillo
23.11.1985	El carácter de Jaén a través de su paisaje y paisanaje	Francisco Olivares Barragán	Casería “La Vereda”
24.11.1986	S.T. Pastiras y Chirris	José Luis Buendía López	Casería “el Llano” pago del Zumel redondo
24.11.1987	S.T. Tertulia Literaria: El Lagarto Bachiller.	Luis Coronas Tejada	Casino de Artesanos
24.11.1988	Jaén, todo un prodigioso coro de voces.	Felipe Molina Verdejo	Casa de Carmen Balguerías Jiménez
24.11.1989	Presentación de León Herrera y Esteban	Pedro Jiménez Cavallé	Palacio de “Los Vilches”
24.11.1990	Las grajas de la catedral	Ángel Viedma Guzmán	Casería del Conde de Donadío o de “La Muela” en Reguchillo
24.11.1991	Presentación de Juan Eslava Galán	Antonio Martínez Lombardo	Casería “San Antonio” pago de “La Imora”

<sup>1</sup> Sin título.

FECHA	TÍTULO	CRONISTA	LUGAR CELEBRACIÓN
24.11.1992	En memoria de Manuel Millán López	Juan Higuera	Casa de Caridad Miralles Recalde, viuda de Manuel Millán López
27.11.1993	Presentación de Ignacio Ahumada Lara	José M <sup>a</sup> Pardo Crespo	Cámara Oficial de Comercio
3.12.1994	S.T. Gacelo	Ignacio Ahumada Lara	Real Sociedad Económica de Amigos del País
2.12.1995	La Escuela de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos, sede de la Cena Jocosa de 1995.	Juan Eslava Galán	Escuela de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos de Jaén
23.11.1996	Los relojes ciudadanos.	Juan Cuevas Mata	Casa de José Sánchez y Sánchez y Purificación Peinado León
22.11.1997	Una tarde de otoño con Felipe Molina Verdejo	M <sup>a</sup> Isabel Sancho Rodríguez	Hospital de San Juan de Dios
21.11.1998	S.T. La calle maestra. Los Casañas de Jaén, una familia-institución	Ángel Aponte Marín	Salón Mudejar del Palacio del Condestable Lucas de Iranzo
27.11.1999	X Aniversario del traslado del Archivo Histórico Provincial al viejo convento de san Francisco	Juan Antonio López Cordero	Convento de Santo Domingo
25.11.2000	Al viento que viene de Jabalcuz	Manuel M <sup>a</sup> Morales Cuesta	Casería "El Plantío"
1.12.2001	S.T. Sobre la plaza Vieja	Rufino Almansa Tallante	Palacio de "Los Vélez"
23.11.2002	Veinticinco cenas después.	Pedro Casañas Llagostera	Parador Nacional de Santa Catalina
22.11.2003	Catalina Mir y Real en la memoria de Jaén.	M <sup>a</sup> José Sánchez Lozano	Casa-Palacio de Cobaleda-Nicuesa o de "Los Bonilla"

FECHA	TÍTULO	CRONISTA	LUGAR CELEBRACIÓN
27.11.2004	Natalio Rivas Sabater	José García García	Casa-palacio Vela de los Cobos (Úbeda)
19.11.2005	Artes y costumbres populares para una noble mansión.	Soledad Lázaro Damas	Palacio de Villardompardo
25.11.2006	En memoria de Paco Cerezo	Antonio Martos García	Museo Provincial
17.11.2007	En torno a las tertulias y las entrañables reboticas	Juan Enrique Espinilla Lavín	Colegio Oficial de Farmacéuticos
28.11.2008	De un hermanamiento de Jaén y Los Villares	Manuel López Pérez	Casas Consistoriales de Los Villares
27.11.2009	El viejo Jaén desde el barrio de San Andrés	M <sup>a</sup> Amparo López Arandia	Santa Capilla de San Andrés
26.11.2010	Para un pintor de luz a tiempo total	Carlos M <sup>a</sup> López-Fe Figueroa	Estudio del pintor Alfonso Parras (Megatín)
25.11.2011	Con el matrimonio Puerta Novo en su retiro de “La Beata”	José Rodríguez Molina	Finca “La Beata”(Valdepeñas de Jaén)
23.11.2012	Cena Jocosa en las bodas de oro de los Amigos de San Antón	Rafael Casuso Quesada	Palacio de la Diputación
22.11.2013	Del nuevo Jaén con retorno a las raíces de su historia	José Manuel Arias de Saavedra Alias	“Jafarco”, Cooperativa Farmacéutica
21.11.2014	Con Antonio Alcalá Venceslada y su “Abogado de oficio” y referencia a dos ilustres juristas de Jaén	Alfonso Parras Martín	Colegio de Abogados
27.11.2015	El profesor José Rodríguez Molina siempre en Jaén y con nosotros.	Juan Antonio López Cordero	Complejo Industrial Fábrica de Cerveza Heineken-Cruzcampo

